

El presente libro constituye la traducción al español de la versión original del trabajo que Peter Brown publicó en 2012¹. Después de trabajos tan relevantes como *The World of Late Antiquity: from Marcus Aurelius to Muhammad* (London, 1971), *The Making of Late Antiquity* (Cambridge, MA.-London, 1978), *The Body and Society: Men, Women and Sexual Renunciation in Early Christianity* (London, 1991), *Power and Persuasion in Late Antiquity: towards a Christian Empire* (Madison, 1992) o *The rise of Western Christianity: Triumph and Diversity AD 200-1000* (Oxford, 1997), en esta ocasión el considerado «padre de la Antigüedad tardía», y uno de los máximos exponentes de la disciplina, vuelve a abordar el tema del cristianismo durante el periodo tardoantiguo.

Empleando como excusa el pasaje neotestamentario en el que Jesús llama a los ricos a deshacerse de toda fortuna para acceder al reino de los cielos, el autor analizará a lo largo del volumen el impacto que tuvo la riqueza en el desarrollo del cristianismo y la Iglesia en distintos contextos geográficos del Occidente tardorromano y las primeras décadas de la era post-romana (c 350-550). Ello llevará a Brown a analizar la reinterpretación sucesiva a la que fue sometido dicho mandato del profeta en el pensamiento cristiano, así como la forma a la que se llevó a la práctica esta misma. Así, se verán en distintos contextos geográficos y sociales los actos de renuncia de la riqueza de los cristianos de clase media y alta, y lo que esto suponía en el pensamiento teológico en el proceso de obtención de un tesoro celestial. En

BROWN, Peter

Por el ojo de una aguja. La riqueza, la caída de Roma y la construcción del cristianismo en Occidente (350-550 d. C.).

Acantilado.

Barcelona: 2016, 1224 pp.

ISBN: 978-84-16748-14-3

¹ BROWN, Peter. *Through the Eye of a Needle: Wealth, the Fall of Rome, and the Making of Christianity in the West, 350-550 AD*. Princeton-Oxford: Princeton University Press, 2012. Peter Brown es actualmente catedrático (*Professor*) emérito de la cátedra Philip y Beulah Rollins de la Universidad de Princeton.

relación a esto último, también se profundizará en las controversias generadas en torno a los modos, cantidades y direcciones en los cuales se debía llevar a cabo tal dispendio de riquezas. Para la consecución de tales objetivos, el autor empleará como eje argumental el análisis de personalidades concretas y su pensamiento en lo referido a la cuestión de la riqueza, lo que le servirá para estudiar de forma individualizada cada contexto geográfico y cronológico en el que se desenvuelve cada personaje. Para ello se lanza a realizar una lectura atenta y original de la literatura eclesiástica de autores de la talla de Ambrosio, Agustín o Jerónimo, entre otros, a los que hay que sumar los testimonios aislados de determinados ricos cristianos y figuras procedentes del paganismo. En buena medida esta concepción regional del trabajo deriva del ideal que tiene el autor del propio Imperio, al que percibe, no como un todo uniforme, sino como un conglomerado de unidades regionales diversas, que habrían imprimido sus propias particularidades a las iglesias cristianas.

Entrando a abordar el contenido concreto del volumen de manera más profunda, este se encuentra dividido en cinco bloques cronológicos de tamaño desigual que recogen un total de veintinueve capítulos. El primer bloque del libro (*La riqueza, el cristianismo y la donación al final de un mundo antiguo*) comienza con una introducción histórica a la sociedad romana del siglo IV y a la situación social de los cristianos en el contexto constantiniano. En contra de la visión tradicional de la historiografía, el siglo IV es perfilado como una edad dorada para el desarrollo imperial. A partir de aquí, el autor plantea una de sus ideas más interesantes, como es su rechazo a una percepción binaria de la sociedad romana, dividida entre ricos y pobres, en favor de una concepción mucho más diversa.

A partir de esta premisa, P. Brown concede una gran importancia a los grupos sociales intermedios, es decir, aquellos situados entre los sectores más enriquecidos de la sociedad y los más desfavorecidos de la misma, como motores de cambio, hasta el punto de atribuirles a ellos el propio triunfo de la Iglesia. En este punto destacará el papel del patrocinio del emperador y del servicio al mismo en la definición de una nueva jerarquía social. En esta primera parte Brown también se aproxima a la noción tradicional romana de la riqueza y su relación con el poder. Aquí esboza los distintos usos de la riqueza por parte de las élites romanas y los juicios de valor en lo relativo a los mismos. Especialmente importantes serán las muestras de liberalidad públicas hacia la ciudad como mecanismo de reproducción social. Esta concepción del evergetismo clásico contrasta claramente con el pensamiento cristiano del momento, que exigía que esa munificencia se dirigiese a la Iglesia y a la beneficencia para la consecución de una recompensa celestial.

En la segunda parte de la monografía (*Una época de opulencia*) el autor ejemplifica los argumentos anteriores en las experiencias y discursos de distintas personalidades paganas y cristianas, cada una con una actitud distinta hacia la riqueza y su uso. Símaco representaría el caso del noble romano que sigue profesando el paganismo y que recurre a los métodos tradicionales de uso de la riqueza. En concreto, el autor relata la forma que tomó el evergetismo de Símaco, dirigido sobre todo a la organización de juegos para el conjunto de la población romana. Si bien es cierto, y a pesar de la imagen transmitida por Ambrosio, el autor defiende que Símaco no constituiría una figura aislada del paganismo, sino que constituía una extensión tardía del orden social que había predominado hasta ese momento, pero que se estaba

empezando a erosionar. Ambrosio de Milán en cambio, figura a la que dedica los siguientes dos capítulos del bloque, encarnaría el ideal cristiano de la riqueza. De esta manera, en base a los postulados del obispo milanés, la fortuna personal tendría que dedicarse a la beneficencia y a la solidaridad. Él predicaría con el ejemplo, pero de forma colateral también estaría logrando consolidar una amplia base de poder social en Milán. Las actitudes diferenciales de Simaco y Ambrosio derivarían en una disputa retórica, reflejada en los escritos que ambos nos han legado.

Ambrosio le servirá al autor de hilo conector con la persona de Agustín de Hipona, que constituirá una de las figuras centrales de la narración de Brown. La carrera y experiencias de juventud de Agustín, desde su viaje a Italia hasta su episcopado de Hipona, pasando por la creación de su propia comunidad monástica carente de propiedad privada, aportarán una visión evolutiva del pensamiento teológico del obispo y de su concepción de la riqueza. Aquí llamará especialmente la atención el impacto de los dogmas maniqueos y del patronato en la percepción teológica del joven Agustín. A continuación, traslada el foco de atención a la Galia de Ausonio de Burdeos y Paulino de Nola, cuyas figuras y pensamientos contrasta. Mientras Ausonio representará al notable provincial cristiano, pero celoso de mantener los modos de vida tradicionales de las élites romanas, Paulino de Nola se convertirá en el máximo exponente del «superrico» que renunciará a toda su riqueza para adoptar el ascetismo como nueva conducta vital. En la propia acción de Paulino subyacería una nueva modalidad cristiana de concebir la riqueza. Esta quedaría reflejada en sus escritos, en los que profundizará en la idea de la consecución de un tesoro celestial a través de la transferencia de riqueza a las iglesias en el plano terrenal.

En un momento dado P. Brown desvía su narración del análisis de figuras individuales para atender la experiencia grupal de los ricos cristianos de Roma, reflejada en el pensamiento de Dámaso y el Pseudo Ambrosio. Los últimos dos capítulos del segundo bloque mantendrán el foco de atención sobre Roma, aunque en este caso ocupándose de la figura de Jerónimo durante su estancia en Roma. Aquí el autor aborda el pensamiento del asceta dálmata aplicado al caso de las mujeres de cierta posición social, de las que dependía en buena medida. A estas las animará a renunciar a todas sus riquezas y a que adopten unos modos de vida ascéticos y virginales en el seno de sus comunidades urbanas. Sin embargo, parece ser que en realidad la tónica general entre los sectores enriquecidos de la sociedad no era evitar una dilapidación del conjunto de sus fortunas, sino primar una buena gestión de las mismas y, a partir de ahí, hacer transmisiones de riqueza a la Iglesia. En resumen, en líneas generales, a lo largo de este bloque P. Brown ahonda en el impacto de la entrada de los ricos en la vida eclesiástica, especialmente en lo que respecta al enriquecimiento de las iglesias y los monasterios. El autor relativiza en gran medida el papel de la conversión de Constantino y sus medidas en favor de la Iglesia como un factor decisivo en la consolidación del cristianismo y sus iglesias. En su lugar, considera que el verdadero punto de inflexión para el triunfo de la Iglesia lo supuso la inclusión de ricos en el seno de la misma, especialmente de aquellos procedentes de los sectores de los nuevos ricos en torno al año 370. La renuncia que estos hicieron de sus fortunas, en algunos casos completa, en favor de las iglesias será de vital importancia para entender el creciente patrimonio eclesiástico a lo largo de toda la historia.

En la búsqueda de una racionalidad a los puntuales casos de repudio radical de

toda materialidad, el autor entrará a analizar el caso de Piniano y Melania la Joven, representantes de la nobleza romana más rica y prestigiosa, que harán una completa dilapidación de sus inmensas riquezas, a primera vista de manera irresponsable e irracional. Será su historia la que abrirá el tercer bloque del volumen (*Una época de crisis*), que se concentrará en la época posterior del saqueo de Roma del 410. El tema central del bloque serán las controversias teológicas generadas en torno a la concepción de la riqueza y el uso adecuado de la misma en este ambiente de crisis. En este contexto destacará el debate entre Pelagio y su concepción radical del ascetismo y Agustín de Hipona. Este último volverá a tomar protagonismo en la narración de P. Brown al hilo de la disputa pelagiana y, de hecho, su figura y su pensamiento será el eje central del presente bloque. Agustín le dará la excusa al autor para ofrecer una visión general del contexto africano de las primeras décadas del siglo v hasta la incursión de los vándalos, de gran utilidad para todo aquel desconocedor de esta realidad histórica. Es especialmente de interés en esta coyuntura la llegada a África de familias enteras de ricos que se exiliaron de Roma después del saqueo de Alarico. Este fenómeno provocaría ciertas tensiones entre las distintas iglesias africanas, que pretendían capitalizar esas nuevas fortunas que entraban en el continente y que los ricos cristianos pretendían dilapidar en la Iglesia. En torno a Agustín también se tratará el impacto del donatismo en el pensamiento cristiano del momento, en concreto la división que sus representantes hicieron de la sociedad en ricos y pobres, y la respuesta de Agustín y su entorno a esta cuestión. El obispo de Hipona planteará una distinción alternativa de la sociedad en la que la riqueza no funcionará como factor definidor. El último capítulo

de esta tercera parte trasladará de nuevo el foco de atención a Occidente. Aquí el autor profundizará en el impacto de las transformaciones vividas sobre este territorio como consecuencia de las incursiones bárbaras y de la disolución paulatina del poder imperial. Ello llevará a una retracción de los marcos de vida hacia esferas de acción mucho más regionales o meramente locales, en un mundo en el que la violencia estaba a la orden del día. En todo este capítulo Brown emplea como eje argumental el escenario galo, el cual extrapola para el conjunto de Occidente, en especial para Hispania, atendida únicamente en ocasiones aisladas.

Frente a todo este clima de crisis del siglo v, la Iglesia conseguirá mantenerse y conservar su enorme patrimonio, lo que convertirá al clero en el sector más enriquecido de la sociedad post-romana. El cuarto y penúltimo módulo del libro (*Consecuencias*) mantendrá el foco de atención en el escenario occidental, en concreto en los contextos galo e itálico a lo largo de todo el siglo v y durante la primera mitad del vi, aunque se centrará en el análisis de casos concretos, como es la Provenza y la Galia de Salviano. En la primera se abordará el curioso caso de Juan Casiano en Marsella, quien emplazará a sus monjes a hacer una renuncia comunal de las riquezas del monasterio, en contraste con el caso del monasterio de Lérins. Salviano de Marsella representará la versión más crítica con la Iglesia y, en general, con el mundo de la Galia de la primera mitad del siglo v.

Un breve quinto bloque (*Hacia otro mundo*), conformado por únicamente dos capítulos, concluye el volumen. En ellos se definen las líneas maestras que marcarán las dinámicas que se desarrollarán en el periodo medieval. En concreto, en este bloque se analiza cómo la Iglesia debe gestionar y conservar la enorme riqueza que ha venido

amasando, así como la argumentación que emplea para justificar la posesión de la misma. En este sentido la Iglesia aducirá que en realidad su amplio patrimonio no era propiedad suya, sino de los pobres, y como tal debían gestionarla y preservarla. Al mismo tiempo que se desarrollan tales reflexiones, las donaciones y las riquezas de las élites seguirán acabando en manos de la Iglesia, lo que seguirá requiriendo una explicación de orden teológico.

En resumidas cuentas, el más de un centenar de páginas de fuentes y bibliografía es muestra de la magnitud del trabajo de un autor entregado a un continuo proceso de actualización y renovación de sus propios postulados. El amplio manejo que hace de tales materiales, tanto de las fuentes documentales, como del propio discurso arqueológico, da como resultado una obra magistral, llena de erudición y del buen hacer del historiador, pero al mismo tiempo aportando una lectura estimulante y fluida. Al hilo de esto último, la habilidad literaria del autor se pone de manifiesto en el continuo recurso a metáforas y símiles históricos, que apoyan y enfatizan la argumentación. También se debe poner de manifiesto la propia labor de síntesis de Brown que, aunque aborda el tema de la riqueza en la construcción del cristianismo, trata una gran cantidad de cuestiones paralelas con enorme soltura. En relación a esto último, es especialmente destacable la contextualización continua que aporta de los distintos ámbitos geográficos que trata a lo largo de la obra, lo que hace del libro una lectura útil para todo aquel interesado en la sociedad del Occidente tardoantiguo, más allá del tema concreto del mismo.

Abordando las cuestiones más puntuales, resulta de especial utilidad para el lector el detallado índice analítico, sobre todo si atendemos a la magnitud del volumen.

Asimismo, se agradece la inclusión de mapas que ayudan a ilustrar y localizar algunas de las ciudades y asentamientos citados en el texto. Sin embargo, en lo relativo a cuestiones más de fondo, se echa en falta una mayor atención hacia otros contextos geográficos, dejados de lado en favor de otras realidades. Este sería el caso de Hispania –únicamente mencionada de forma aislada–, a pesar de tener a nuestra disposición para esta región el testimonio y las reflexiones de pensadores cristianos de la talla de Orosio. De todas formas, entendemos que la inclusión de más realidades geográficas al estudio habría hecho prácticamente inviable la consecución de tan magno trabajo, aunque, a nuestro juicio, la priorización de unas sobre otras habría requerido una mínima justificación.

En suma, a lo largo del volumen Peter Brown ha desarrollado su punto de vista particular en un tema tan controvertido como es el del papel de la riqueza en la construcción de las iglesias regionales del Occidente tardoantiguo. Ello lo ha hecho desde una perspectiva evolutiva, atendiendo a cada coyuntura y a las particularidades propias de cada región objeto de estudio. A pesar de limitarse al sector occidental del Mediterráneo latino, la obra de Brown puede servir como acicate para el futuro estudio de la misma cuestión en la otra gran realidad que el autor excluye conscientemente de su estudio, como es el Oriente mediterráneo. En este punto también sería interesante abrir la puerta a perspectivas comparadas entre Oriente y Occidente o a ampliar el foco de atención a cronologías posteriores, aunque estas entren más en el campo de investigación de la Historia Medieval. En definitiva, podemos decir que estamos ante una obra maestra más de Peter Brown, que, sin duda alguna, se convertirá en una lectura obligada para todo aquel interesado en conocer la

188

historia del cristianismo y, en general, de la sociedad de la Antigüedad tardía.

Pablo Poveda Arias